

VII

La crítica ya hemos visto que sitúa en la década de 1770 la aparición del que llama «prerromanticismo»; Russell Sebold ha insistido especialmente en ello. Obras de Cadalso, de Jovellanos o de Cándido María Trigueros, en efecto —muestra este estudioso—, hacen que el que mejor debe llamarse primer romanticismo español date de los primeros años de esa década de 1770: «El desesperado lírico —escribe— que en la anacreóntica "En lúgubres cipreses" quiere que se "diga al orbe/ la pena de Dalmiro", Tediato en las *Noches lúgubres*,... Torcuato en *El delincuente honrado*, y Amato en *El precipitado*, todos ellos... sienten ya un auténtico *fastidio universal*.»⁵⁸ Acerca del romanticismo literario en España, pues, cabe concluir que, a) entre 1770 y 1800 se da el primer romanticismo español; b) por unos treinta años se interrumpe «debido a las represiones antinapoleónicas de los últimos años del reinado de Carlos IV,... al espíritu de partido que regía a todos durante el reinado de José I, y... a las represiones casi continuas del reinado de Fernando VII»; c) de 1830 a 1860 y más allá se extienden el segundo romanticismo y el posromanticismo.⁵⁹

Desde el punto de vista de la historia global se han señalado en la primera mitad del XIX tres fenómenos primordiales coincidentes como son la revolución liberal-burguesa, la revolución industrial y el propio romanticismo. Artola identifica estos rasgos en el tipo de pensamiento romántico:

— Se busca no el conocimiento generalizador sino la plena captación de la realidad singular, de lo diverso o específico.⁶⁰

— Lo real está concebido como devenir.⁶¹

⁵⁸ «Los experimentos de 1773-1774 —remacha Sebold— representan, en una palabra, el arranque del primer romanticismo español. Cadalso, por ende, no es, como se ha solido decir, un "romántico antes del romanticismo"; sino sólo uno de los manifestantes y practicantes del primer romanticismo español. R. P. Sebold, Trayectoria del romanticismo español (Barcelona, 1983), pp. 123 y 126. Respecto a la aludida anacreóntica de Cadalso, dice en otro momento: «La reelaboración del universo a la imagen del yo del poeta y la emergencia del panteísmo egocéntrico que había de caracterizar a la poesía romántica se hacen cada vez más notables en esta "anacreóntica", según uno tras otro se van negando los diversos rasgos de la naturaleza neoclásica mediante proyecciones sensoriales de otros rasgos que son los contrarios de los primeros: ceden los pámpanos a los cipreses, la voz del jilguerillo a la del cuervo, el murmullo del arroyo al fragoso golpeo de las olas contra un peñasco, los corderos a los leones, la luz del sol y la luna a negras sombras, y el tañido de las flautas pastoriles a resonantes truenos». *Ibid.*, pp. 96-97.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 127. Sebold tiene propuestos también nombres distintivos para los dos romanticismos españoles, y ha sugerido que el dieciochesco se llame romanticismo, y el decimonónico romanticismo manierista, «porque en éste sólo se exageró la ornamentación romántica de tipo externo sin que su visión del mundo variase por ello de la del romanticismo setecentista». *Ibid.*

⁶⁰ Alborg subraya lo que de «creador» —y no meramente «imitativo»— hay en el espíritu romántico, y escribe: «De aquí el nuevo énfasis en lo subjetivo y lo ideal frente a lo objetivo y lo real, en el proceso de la creación más que en sus efectos, en los motivos más que en las consecuencias, en la espontaneidad y sinceridad del propósito más que en lo correcto del resultado. De aquí, igualmente, la insistencia en la actividad, la protesta contra toda limitación de la vida, el elogio a todas las formas hostiles a lo dado, el culto al héroe cuya obra es sagrada como tal, no por su utilidad social y práctica, sino como imposición de una personalidad. La autoinmolación por una causa es lo sublime, no la validez de la causa en sí misma. De aquí, finalmente, la sublimación del artista como la más alta manifestación de un espíritu activo, pobre, solitario, desgraciado quizá, pero independiente, libre, espiritualmente superior a los filisteos que le atormentan.». J. L. Alborg, *Historia...*, IV (Madrid, 1980), p. 18.

⁶¹ «El cambio ya no es, pues, —glosa el mismo Alborg— un valor negativo, sino positivo, no es el castigo del hombre, sino su oportunidad; lo que no es perfecto, puede llegar a serlo; la misma perfección ya no es deseable,

— Frente a la idea del progreso, cada etapa de la Historia se valora en sí misma y vale por tanto por ella.

— Se concibe que no cabe la realización individual al margen de la sociedad o de la tradición.⁶²

VIII

Literariamente la diferencia entre las dos mitades del XIX se estima clara, siendo la novela la forma artística más importante de esa segunda mitad y resultando el posromanticismo perceptible antes que nada en la poesía. Para los años noventa de la centuria empiezan ya a publicar los autores del Noventayocho (Unamuno, Ganivet, Maeztu, Menéndez Pidal,...), con lo que entramos en la literatura contemporánea en sentido estricto, esto es, la coetánea a (algunos de) nosotros.

Histórico-culturalmente se llama período o época del positivismo al que arranca de 1848, que muestra en sí el progreso que suponen los bienes de consumo incrementados, pero que también lleva a la explotación del hombre por el hombre y al crecimiento de los medios destructivos.⁶³ Nos encontramos desde luego en el momento de primacía de las ciencias naturales en los ámbitos del saber, y por ello el lema utópico es el de «amor, orden, progreso»; así mismo es el momento en que «la cultura occidental se descentraliza respecto de los dos polos, el francés y el anglosajón, que durante dos siglos habían regido la vida espiritual europea. Los mundos italiano, ibérico, eslavo y escandinavo se hacen miembros imprescindibles de un área cultural única y diversa: Europa».

Respecto de España Vicens subrayaba que el krausismo arraigado en la Universidad de Madrid en los años finales del reinado de Isabel II dio vida «a un espiritualismo laico, de orientación pedagógica y democrática, que había de ejercer profunda huella en el futuro de la cultura española», e interpretaba que el intelectualismo de los hombres del 68, aunque abrió cauce a la anarquía, resultó tan comunicativo, que sobrevivió a su fracaso político e impregnó las raíces de la Restauración.⁶⁴ Por su lado Jover apunta, refiriéndose a la década de los años setenta y a la de los ochenta: «El estudioso de esa manifestación señera de la cultura española en tiempo de la Restauración que es la novela, sabe bien la diferencia de maduración que media entre lo escrito en una y otra década: ...de la construcción "ideocrática" expuesta en blanco y negro, al hondo análisis de los problemas presentes en la conciencia moral de clases medias.»⁶⁵ Ade-

sino la imperfección, porque permite, con la posibilidad de cambio, la novedad. No hay patrones fijos y todo puede ser ya verdadero: toda obra de arte, por ejemplo, crea un nuevo patrón, tiene su propia ley estética.» *Ibíd.* p. 17.

⁶² Miguel Artola, «Cultura del romanticismo», en P. Laín, *Historia universal...*, V (Barcelona, 1973), pp. 153-163.

⁶³ *Recogemos algunas observaciones de J. M. Jover, «Visión sinóptica de la cultura del positivismo», Historia universal...*, VI (Barcelona, 1974), pp. 1-9.

⁶⁴ Jaime Vicens Vives, *Historia de España y América*, V (Barcelona, 1971²), pp. 365 y 374.

⁶⁵ José María Jover, «La época de la Restauración», M. Tuñón de Lara, dir., *Historia de España*, VIII (Barcelona, 1981), pp. 269-406: p. 272.

más, la novela entrará luego en un espiritualismo social y cristiano por inducción de los autores rusos.⁶⁶

La época del positivismo y krausismo de la cultura española coincide con un nuevo auge de las letras que arranca de 1854 (por poner una fecha simbólica) y se prolonga hasta los inicios de la guerra civil; este auge, más las cumbres medievales de un Juan Ruiz o un Fernando de Rojas, y la eclosión posterior poética, novelesca y teatral del «Siglo de Oro», constituyen los momentos seguramente más altos de las letras españolas; merced a ellos estampaba ya Américo Castro, al inicio de su *España en su historia*, este juicio acerca del mundo hispano-portugués: «El nivel de su arte y su literatura y el valor absoluto de algunos de sus hombres continúan siendo altamente reconocidos; el de su ciencia y su técnica lo es menos; su eficacia económica y política apenas existe.»⁶⁷ A la cronología interna de esta «Edad de Plata» a la que aludimos nos hemos referido en otro artículo que nos permitimos mencionar como complemento necesario de estas páginas.⁶⁸

La literatura que se hace después de la guerra civil es ya literatura actual o de hoy, es decir, la que se sigue haciendo; a ella está dedicado, por ejemplo, el tomo VIII de la colectiva *Historia y crítica de la Literatura española*,⁶⁹ si bien —y quizá sea inevitable, por la falta aún de perspectiva— en tal tomo se concede al período y a sus nombres un relieve desproporcionado respecto a épocas anteriores.⁷⁰

IX

En los párrafos anteriores quedan notados hechos como los siguientes:

1. Una serie literaria se periodiza según épocas y estilos, pudiéndose distinguir también en su interior generaciones y escuelas.

⁶⁶ Vid. *Angel del Río*, Estudios galdosianos (New York, 1969), pp. 63-67. Sobre romanticismo, realismo y naturalismo escribía don Samuel Gili Gaya con su claridad reconocida: «Suele presentarse al realismo observador como algo abiertamente opuesto al espíritu romántico; sin embargo, aquél no hace más que transformar la visión sonrosada e idealizadora de la vida rural y de las costumbres locales en una observación más rigurosa... Entre el realismo y el naturalismo no hay sólo una diferencia de grado: el realismo utiliza lo real como elemento de belleza; el naturalismo invierte los términos, y piensa que todo lo real ha de ser bello.» *Iniciación en la Historia literaria universal* (Barcelona, 1979¹³), p. 211.

⁶⁷ España..., p. 19.

⁶⁸ Forma capítulo ahora de unos Conceptos de Crítica literaria que tenemos en imprenta, con el título de «La Edad de Plata (1854-1936). Razones de un concepto y una cronología»; puede verse ya la nota «El concepto de Edad de Plata», Los géneros literarios y otros estudios de Filología (Madrid, 1982), pp. 152-154. Entre los planteamientos globales de otros autores cfr. el capítulo dedicado a «La literatura» de la Historia general de España y América XVI/1 (Rialp, Madrid, 1982), pp. 61-133, que escribe José María Martínez Cachero, y para el período 1902-1939 José Carlos Mainer, La Edad de Plata (Madrid, 1981²). Apunta bien —por ejemplo— los «géneros literarios» del «escritor» Manuel Azaña, Carlos Seco, «Azaña: anverso y reverso de su figura histórica», Cuenta y Razón, 1, 1981, pp. 41-54.

⁶⁹ (Barcelona, 1981), 719 pp.

⁷⁰ Sobre la época de Franco existe un agudo libro de interpretación global más cualitativa que cuantitativa que debe añadirse a todos los otros citados en la Historia y crítica..., VIII: 40 millones de españoles 40 años después, de Amando de Miguel (Barcelona, 1976). Es llamativa —digamos de paso— la sobrevaloración de lo contemporáneo a que asistimos en los estudios históricos y literarios, y el escaso número —por ejemplo— de medievalistas, cuando cualquier logro estético vale independientemente de su fecha; lo decimos, por supuesto, en primer término en cuanto autocrítica, al ser nosotros también profesionales de la filología.

2. Literatura española medieval es la que va desde los primeros textos al inicio de la época de los Reyes Católicos, si bien se dan entonces todavía autores y obras «medievales» y asimismo autores de transición.

3. El Renacimiento hispano transcurre entre las dos últimas décadas del Cuatrocientos y finales del Quinientos, en que se van manifestando ya las formas manieristas y barrocas.

4. La época del Barroco va desde fines del Quinientos a finales también del XVII, penetrando sus letras hasta el XVIII.

5. Rococó, primer romanticismo y neoclasicismo se manifiestan sucesivamente en la segunda mitad del Setecientos. El primer romanticismo data, en efecto, de los años iniciales de la década de 1770, y hasta 1800; segundo romanticismo y posromanticismo se extienden sucesivamente a partir de 1830.

6. La segunda mitad del XIX está ocupada además por el realismo-naturalismo; en la década de los años noventa empiezan a publicar ya los autores del Noventayocho, están escribiendo los poetas premodernistas, etc. Hubo en los días finiseculares —sintetiza Martínez Cachero— «y al comenzar el siglo XX una misma actitud de insatisfacción frente al estado de nuestras letras que se manifestó como voluntad de ruptura —contra la poesía de Núñez de Arce y de sus discípulos, contra la novela del realismo-naturalismo, contra el teatro de Echegaray— y de cambio —la poesía modernista, la nueva novela que hará acto de presencia en 1902, la exaltación del dramaturgo Benavente». ⁷¹

7. Los más altos logros de las letras españolas son los constituidos por algunos autores medievales (entre ellos Juan Ruiz y Fernando de Rojas), por el «Siglo de Oro» — particularmente cimero a comienzos del Seiscientos—, y por la Edad de Plata del último tercio del XIX y primero del XX. ⁷²

Francisco Abad

⁷¹ Loc. cit., p. 87 a.

⁷²Tratan del lugar de las letras españolas en la literatura universal —por ejemplo— Federico Sánchez Escribano, «Cuatro contribuciones españolas a la preceptiva dramática mundial», *Bulletin of the Comediantes*, XIII/I, 1961, pp. 1-3, y Dámaso Alonso, «La novela española y su contribución a la novela realista moderna», *Cuadernos del idioma*, I/1, 1965, pp. 17-43.